

El conocimiento del síntoma y las opciones del final del análisis*

GABRIEL LOMBARDI* *

Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina



El conocimiento del síntoma y las opciones del final del análisis

La connaissance du symptôme et les choix à la fin de l'analyse

Knowledge of symptoms and options at the end of an analysis

El conocimiento es imaginario; surge por identificación con el objeto que define las anteojeras del campo perceptivo. Lacan repudió esa antigua noción tanto en sus resonancias bíblicas como epistémicas. Sin embargo, desde su perspectiva, ampliada por el pase, la curiosa naturaleza del síntoma viene en rescate de aquella noción. Definible como conocimiento de sí moralmente desgarrado, el síntoma resiste a las opciones del Otro y del saber, rechaza la elección a la que denuncia como forzada o innecesaria, y se afirma en la escisión hasta terminar... con el análisis.

Palabras clave: conocimiento, elección, identificación con el síntoma, saber, sujeto.

La connaissance est imaginaire; elle surgit par identification à l'objet qui définit les œillères du champ perceptif. Lacan a repoussé cette vieille notion, autant dans ses résonances bibliques qu'épistémiques. Pourtant, à son avis, élargi par la passe, la curieuse nature du symptôme en vient au secours. En tant que connaissance de soi moralement déchiré, le symptôme résiste aux choix proposés par l'Autre et par le savoir, rejette le choix qu'il dénonce comme choix forcé ou pas nécessaire, et s'affirme dans la scission jusqu'à finir... avec l'analyse.

Mots-clés : choix, connaissance, identification au symptôme, savoir, sujet.

Knowledge is imaginary; it emerges through identification with the object that defines the blinders of the perceptual field. Lacan repudiated this ancient notion, both in its biblical resonances as in its epistemic echoes. From an analytical perspective, heightened by the pass, the curious nature of a symptom comes to the rescue of this notion. Defined as morally torn self-knowledge, the symptom resists the options offered by the Other, it rejects the choice as forced or unnecessary, it stands firmly in its division until it ends with...analysis.

Keywords: choice, identification with the symptom, knowledge, subject.

* Este artículo es el producto de una reelaboración del texto de la conferencia del mismo título, aparecida en las actas del Tercer Encuentro Internacional de la Escuela del Campo Lacaniano que se celebró en París en 2011.

El texto fue elaborado en el marco del proyecto de investigación que lleva por título: "Presencia y eficacia causal de lo traumático en la cura psicoanalítica de las neurosis: Investigación sobre la complicidad del ser hablante con el azar (*tique*)". Proyecto acreditado y financiado por UBACYT para el periodo 2011-2014, código 20020100100104.

** e-mail: glombard@psi.uba.ar



EL CONOCIMIENTO DEL SÍNTOMA

¿Qué es síntoma en psicoanálisis? Es el conflicto que está en lugar de una elección. Es el *sí* y *no* simultáneo de la histérica que se sube la pollera con una mano y se la baja con la otra. Es el *sí-no* alternante del obsesivo que arroja la piedra y luego la retira, anulando su acto lapidario. Es la división angustiosa del perverso cuando vive la urgencia de un deseo que no se satisface con *performances* de fantasía. Es también, aunque de un modo muy diferente, la disociación del psicótico que testimonia de sus vivencias de pasividad mientras silencia su participación activa en una realidad en la que su *partenaire* no es solo su perseguidor, sino también su cómplice —Lacan dedicaba sus presentaciones a dialogar *con* el enfermo sobre este punto, el de su división subjetiva desdibujada por disociación—.

El síntoma es lo que el analista encuentra como *ser del sujeto*: división en lugar de decisión, desgarramiento moral en lugar de entereza. De allí que en psicoanálisis únicamente llamemos síntoma a una afección del ser éticamente hábil. El síntoma es *lo analizable*, ya que el método freudiano permite restituir las coordenadas, las referencias, las alternativas de una decisión *en souffrance*, que divide su existencia en partes irreconciliables mientras se mantiene el conflicto no resuelto.

En psicoanálisis admitimos, además, que ese ser éticamente hábil *conoce de sí* en el síntoma; aceptamos que él lo experimenta, mientras que nosotros, desde afuera, solo lo percibimos a través de su precario testimonio. Nos abstenemos de decir de la histérica lo que dice el médico: “no tiene nada”. Nos abstenemos de hablar del loco desde la posición del psiquiatra, que busca automatismos, efectos de algún desorden orgánico, tóxico, neuroquímico, o psíquico, efectos de alguna causa o de ninguna causa, pero en cualquier caso tratable desde afuera. Si creemos lo que afirma Lacan en su texto sobre *La causalidad psíquica*, no es un automatismo sino “una insondable decisión del ser”¹ lo que determina la posición del loco. Retomando términos kantianos, interviene allí una causalidad por libertad.

Es en ese contexto de interrogación de la causalidad a nivel de las elecciones del ser hablante que vemos surgir en la pluma de Lacan una definición de síntoma, al mismo tiempo precisa y elástica, válida para el síntoma en todos sus estados y en todos los tipos clínicos: *es lo que el sujeto conoce de sí, sin reconocerse en ello*². División

1. Jacques Lacan, “Acerca de la causalidad psíquica” (1946), en *Escritos 1* (México: Siglo XXI, 1990), 168.
2. *Ibíd.*, 165. [La traducción es mía]

subjetiva entonces, como siempre que hablemos de síntoma en el sentido analítico del término. Si el sujeto no advierte su división, tal vez entonces debamos hablar de *inhibición* y no de síntoma. Si el sujeto está en la inminencia de una decisión, en la certeza, listo para el pasaje de la pasividad a la actividad, hablamos de *angustia*, no de síntoma. Si el sujeto no está dividido sino destituido por estar enteramente entregado a una actividad satisfactoria, eso tampoco es síntoma, es *acto sin ambages* —hay más formas de ser para el *parlêtre* que el ser sujeto—.

La conjugación de los términos síntoma y conocimiento que Lacan reproduce en el seminario *L'insu*³ no es novedosa, ya que está en su obra desde los años cuarenta; antes aun la encontramos en Freud, en el capítulo III de “Inhibición, síntoma y angustia”, bajo la metáfora del síntoma como cuerpo extraño en el que el sujeto no reconoce algo que sin embargo tiene la certeza de que está en él. El término ‘conocimiento’ es, sin embargo, uno de aquellos que Lacan trató de evitar y, hasta llegó a repudiar explícitamente. En 1975, con ocasión del anuncio de la Apertura de la Sección Clínica —en donde define la clínica psicoanalítica como lo real en cuanto imposible de soportar— añade la cláusula: “haciéndose un deber repudiar todo lo que implica la idea de conocimiento”⁴. Con el argumento de que el psicoanálisis toma el sujeto del saber, no el del conocimiento bíblico, no el del conocimiento ancestral, ni tampoco el sujeto cognoscente que desconoce las anteojeras que enmarcan el estrecho campo perceptivo en el que reconoce su objeto.

Pero Lacan no puede evitar hablar del conocimiento del síntoma, precisamente en el punto en el que fracasa el conocimiento de la mujer por el hombre, y también fracasa el saber, que fragmenta, que descuartiza cartesianamente los cuerpos, terminando con toda posibilidad de aproximarse a la pregunta por la relación sexual entre cuerpos hablantes. Para seguir con el psicoanálisis, debió apartarse de la ciencia y regresar al nudo de cuatro, de cinco...

La relación entre síntoma y conocimiento suele ser algo enredado, porque el síntoma además se satisface en ser desconocido. Suele ataviarse y mantenerse camuflado mediante otras dos formas accesorias de ‘conocimiento’, ambas mencionadas por Lacan en la misma clase: el narcisismo secundario que extrae del síntoma un beneficio ególatra, y la fantasía que da una suerte de sentido al síntoma, que entonces “vale la pena”; sentido económico, educativo, sacrificial o masoquista. Ambos ‘conocimientos’ accesorios permiten elidir la división, en el primer caso por integración del cuerpo extraño en el yo, en el segundo por transformación de la división subjetiva en desvanecimiento, *fading*, tachadura § del sujeto.

Estos accesorios estabilizan el aspecto satisfactorio del síntoma. “El síntoma [...] es goce, no lo olviden”⁵, decía Lacan en *El seminario 10. La angustia*; es goce que

3. Véase Jacques Lacan, *Seminario 24. L'insu qui sait de l'une-bévue s'aile à mourre*, Clase del 16 de noviembre de 1976. Inédito: “Le symptôme pris dans ce sens c'est, pour employer le terme de connaître, c'est ce qu'on connaît, c'est même ce qu'on connaît le mieux”.
4. Jacques Lacan, “Anuncio de la apertura de la sección clínica”, en *Ornicar?* 8 (1977), 102.
5. Jaques Lacan, *El Seminario. Libro 10. La angustia* (1962-1963) (Buenos Aires; Paidós, 2006), 139.

no pide interpretación, a diferencia del *acting out*. De todos modos, el sujeto-síntoma constituye el núcleo de las opciones pendientes del *parlêtre*, y en el final del análisis se revelará, sin los velos que narcisismo y fantasía tienden sobre él, como conocimiento de la división. Un goce partido.

EL SÍNTOMA ES LO VERDADERAMENTE REAL

¿Cómo es que el síntoma, que no pide interpretación, se engancha en el trabajo analítico? ¿Cómo tentar al síntoma con la verdad? ¿Cómo muerde el anzuelo, hasta el punto de hacer del sujeto realmente dividido un real “de verdad”? El truco freudiano, bien explícito en sus historiales clínicos, consiste en tentar al síntoma con la verdad como causa material, animarlo a mostrar su estructura —su real dividido, su goce torturado, su in-satisfacción radical— hablando de otra cosa, los padres, etcétera.

La respuesta es, entonces, la interpretación, el significante que dice otra cosa, la verdad operando como causa material con la que el síntoma se identifica a su manera: mintiendo, en perfecta (in)coherencia con lo que él es, esa contradicción viviente a la que llamamos sujeto. La verdad del síntoma es que en él lo real dice mintiendo. Involucra al *partenaire* a través de la mentira, que es *lo realmente simbólico*⁶, lo que viene al lugar de la cópula que no hay entre los cuerpos sexuados. El síntoma en el sentido analítico del término es lo analizable en las neurosis, las perversiones y las psicosis⁷, esos tipos de síntoma en que *lo real se inscribe mintiendo* al *partenaire*, insiste Lacan⁸.

Ahora bien, a la interpretación oportuna de su división el síntoma responde lealmente, desprendiéndose progresiva o abruptamente de cada una de sus dos coberturas imaginarias, para ir asumiendo esa forma paradójica que toma durante el análisis, el actuar dividido de la transferencia. El *agieren* transferencial, descubierto por Freud, es pasión de lo que el sujeto conoce a su pesar, pero es también re-petición que aun si parece automática, es *com-pulsiva*, implicando al mismo tiempo el padecer y el actuar, el rechazo y el goce, el automatismo y el consentimiento. El síntoma de transferencia es resistencia y al mismo tiempo motor, es pasividad y actividad simultáneas; es diátesis partida pero no voz media —que sería el caso del acto, de decir, el *loquor* latino⁹—.

Tentar al síntoma con la verdad permite finalmente su *repérage*, la ubicación de su real dividido, y esa ubicación coincide con el fin lacaniano del análisis¹⁰; allí reside su valor analítico. Dado que eso se presenta como un real inmodificable, un compromiso divisorio incurable, no queda más remedio que identificarse a eso, al síntoma, al sujeto dividido por su decisión partida, pero tomando un poco de distancia, una distancia que garantice que el \$ es una forma de ser, pero no la única que está a nuestro alcance.

6. Según se expresa Lacan en *Seminario 24. L'insu qui sait de l'une-bévue s'aile à mourre*. Clase del 15 de marzo de 1977. Inédito.
7. Jacques Lacan, *Écrits* (Paris: Seuil, 1966), 685.
8. Jacques Lacan, *Autres écrits* (Paris: Seuil, 2001), 516.
9. Émile Benveniste, “Actif et moyen dans le verbe”, en *Problèmes de linguistique générale I* (Paris: Gallimard, 1966).
10. Véase Lacan, *Seminario 24. L'insu qui sait de l'une-bévue s'aile à mourre*. Clase del 16 de noviembre de 1976. Inédito.

También podemos destituírnos como sujeto, por ejemplo para asumir en acto el deseo del analista, y eso es otra forma de ser, fuerte, singular, indivisa.

Retomando desde un paso atrás, propongo la siguiente reflexión para este momento del devenir del movimiento psicoanalítico. Como el psicoanálisis es cosa seria, también nosotros podemos hacer un uso mentiroso de la verdad; la estafa epistémica es cómoda, es tentadora. En una Escuela de psicoanálisis no debemos olvidar que la diferencia entre ciencia y psicoanálisis reside en un empleo diferente de la verdad. A la verdad como causa la ciencia la usa y luego la forcluye¹¹. El psicoanálisis no puede hacer lo mismo, él hace de la verdad causa material, se apoya en ella desde el comienzo hasta el final y, de hecho, de la queja toma solo la verdad¹². Por eso Lacan en el “Prefacio de 1976” a la edición inglesa del seminario XI le exige lo contrario de lo que hace la ciencia, le pide una *hystorización* de la verdad mentirosa que intervino en la heurística, en el tiempo que hizo falta al pasante para llegar a la oportunidad de su autorización como analista, hasta encontrar las coordenadas de la decisión de salida.

EL SÍNTOMA, REAL

Volvamos a lo real del síntoma, al síntoma que viene de lo real, ahora para preguntarle cuál es, entonces, su real, una vez desprendido de los espejismos de la verdad. Lacan lo encuentra apelando a lo que de él se ha depositado en la *lalangue* francesa, pero también en las otras cuatro lenguas oficiales de la Escuela de los Foros: es el real del *reus*, del culpable, del que para conocer debe escindirse, porque lo que él conoce no es reconocible ni por él mismo ni por el Otro.

¿Cómo opera entonces una interpretación propiamente analítica, es decir, liberadora? Cuando incide en lo real mentiroso, cuando hace blanco en el ser electivo. Cuando opera sobre ese real del *reus* que es su división. La interpretación apaga un síntoma si permite decidir una acción, otro estilo de satisfacción que la división. Si bien el síntoma se despliega en el análisis y resiste, y particularmente bajo el actuar contradictorio de la transferencia, la interpretación, como desde el origen de los tiempos, apunta a lograr una entereza en la acción, a disolver el saber para abrir la puerta del real sin regla del ser electivo; ese real *tíquico*, disruptivo de lo psíquico, ese acto de destino, ese *alea jacta est* por el que se arranca el deseo de los cálculos y las representaciones que lo mantienen inhibido.

El síntoma, lo real del *reus*, es la división que asume el *parlêtre* al hacerse sujeto dividido, culpable de ser electivo y no estar a la altura de serlo. El análisis va en contra del síntoma, incitando al *reus* a elegir alguna opción castrativa, que lo separe de sí, que se juegue por alguna parte (de su libido). Ese llamado es el deseo del analista,



11. Es la tesis bien conocida de Jacques Lacan en “Science et vérité”, texto incluido en *Écrits* (Paris: Seuil, 1966). En “Le retrait de la vérité chez Gödel: Une étrange condition de succès de la science du réel” publicado en *L’En-je* 7 (2006): 31-42, comenté la sorpresa de Solomon Feferman, lógico actual de primera línea, como se dice, ante el extraño empleo que hace Gödel de la verdad en sus teoremas de los años treinta: la emplea y luego la *retira* sin decir nada; como si nunca hubiera estado, o bien diciendo que podría ser reemplazable mediante procedimientos transfinitos, lo cual es mentira, ya que, por supuesto, no nos alcanzaría el tiempo para llevarlos a cabo, ni a nosotros ni a la computadora más rápida que se pueda inventar, por poco que esta computadora requiera de algún *hardware*.
12. Lacan lo afirmó en 1974 en su “Note adressé personnellement à ceux qui sont susceptibles de désigner les passeurs”, *Analyse freudienne presse*, 4 (1993): 42. Un pasador no histórico debería tachar su verdad para localizar otros saberes, aun si se sirvió de ella para llegar a su posición actual.

que se apoya en alguna satisfacción sublimatoria, tal vez en la satisfacción invocante, producida por el diálogo analítico entre el síntoma mentiroso y el intérprete sin manual.

De todos modos, incluso los testimonios de analizados eligen la actividad del analista, suelen mostrar que queda ese resto sintomático recordado por Agamben, ese *leïmma* entre parte y todo, o en exceso respecto del todo, que permite oportunamente conectar con el Otro, sintomáticamente... Por eso el psicoanálisis, incluso lacaniano, el que se propuso hacer suyo el sujeto de la ciencia y repudiar todo lo que implica la idea de conocimiento, para tratar al *reus* debe admitir regresar, como él, al tiempo que precede al saber, a aquel momento que es este momento, entre paraíso y caída, este momento que se repite cada vez que el *reus* prefiere la fruición sin salir del programa de Dios.

De allí deducimos que no todo puede ser sublimado, nuestros deseos y nuestros goces no terminan de satisfacerse en actos, el síntoma permanece. Admitir ese conocimiento es el fin del análisis, asegura Lacan, disculpándose porque eso no lleve muy lejos, y por haber metido a sus seguidores en los breches que eso implica, sin saber muy bien con qué resultados¹³. Es una arista de lo que él llamaba “pagar con su juicio íntimo”¹⁴ inherente a la acción analítica.

El ateísmo necesario para salir de veras tal vez no sea realizable, ¿qué hacer entonces con el saldo irresuelto de nuestros *Wunsche*? Lacan nos tira una soga en su clase del 16 de noviembre de 1976, preguntando en qué consiste este rastreo, ese mojonado (*repérage*) que es el análisis, para responder radicalmente por fuera de los ideales: “Identificarse con el síntoma tomando recaudos, garantías, una especie de distancia”¹⁵. Allí está el fin del análisis, en ese resguardo, en esa especie de distancia, que hace del síntoma incurable una garantía de separación, de no conformidad, de no coherencia total con ningún programa, incluso si continuamos trabajando en él. De modo que el síntoma, el no elegir del ser electivo, termina siendo la garantía por la que su electividad esencial se afirma en la existencia, su garantía real, la causa de su responsabilidad y la de su *partenaire* dialógico que es el analista.

De allí la concepción lacaniana del acto analítico: “Ninguna diferencia, una vez emprendido el proceso, entre el sujeto que se entrega a la subversión hasta producir lo incurable donde el acto encuentra su fin propio, y aquello que del síntoma cobra un efecto revolucionario solo por dejar de marchar al son que le marca la batuta marxista”¹⁶. Podemos añadir a la marxista, la batuta capitalista, o la de cualquier institución en la que se esté enrolado. Cada quien resiste a lo que quiere.

Ese conocimiento del síntoma ya inanalizable es imposible de descomponer en elementos últimos, no hay más que eso, es una posición tomada, incurable. Soy así, pero también lo contrario. Tomando un poco de distancia eso permite un *saber hacer*.

13. Lacan, Seminario 24. *L'insu qui sait de l'une-bévue s'aile à mourre*. Clase del 16 de noviembre de 1976. Inédito.

14. Jacques Lacan, *Le séminaire de Jacques Lacan. Livre VII: L'éthique de la psychanalyse* (1959-60) (Paris: Seuil, 1986), 337.

15. Lacan, Seminario 24. *L'insu qui sait de l'une-bévue s'aile à mourre*. Clase del 16 de noviembre de 1976. Inédito.

16. Jacques Lacan, “El acto analítico”, en *Reseñas de enseñanza* (Buenos Aires: Manantial, 1998), 56-57.

El saber hacer con el síntoma es el saber maniobrar sin manual, justificado porque tal manual no existe. Es conocimiento irreductible al saber. En lugar del saber están los dados, que tengo bien guardados, asegurados en un cubilete íntimo.

UN PASEO POR EL CENTRE POMPIDOU

Hay hombres de acción que no necesitaron ayuda de un psicoanalista en sus elecciones decisivas. “Yo no busco, encuentro” decía Picasso, lejos del neurótico que busca y busca sin encontrar nada que valga su pena. No es que sean totalmente libres en sus elecciones de cada día, esos hombres se atienen a un estilo, entran una trayectoria que solo de vez en cuando admite crisis y rupturas, el periodo azul, luego el rosa, luego el cubista. De modo que no hay tampoco en ellos la espontaneidad absoluta de la decisión sino también la autolegislación de una voluntad curtida.

Cuando son artistas, suelen complacerse en exhibir algunos restos sintomáticos, versiones de la no relación sexual, que depositan en su obra. Saben hacer con tal maestría, que a veces causan, con sus restos, el deseo de otros, que llega a pagar incluso por lo que hicieron con su síntoma. Paseando en noviembre último por el Centre Pompidou encontré versiones llamativas del saber hacer con la no relación. *Pareja*, para seguir con su ejemplo, es un cuadro en el que Picasso pinta dos cuerpos recortados en cuadrados y ensamblados de otra manera, una suerte de cuadratura de vínculo que satisface la mirada sexual tanto o mejor que el encuentro de una pareja cívica. Vi otros ejemplos en una muestra temporaria de Munch: alguna versión de *El beso* tan lograda que la fusión de los rostros lleva la relación hasta el horror, la disolución del límite entre los cuerpos. Y también *Nieve fresca en la avenida*, con dos figuras humanas en el estilo característico del pintor, ya saliendo del paisaje desolado, cada una en su soledad fantasmagórica. También visité allí las instalaciones de Yayoi Kusama, en las que se puede apreciar la fruición orgiástica de una mujer que colecciona cantidades exorbitantes de falos en un caldero gigante o en un agujero en el suelo, que filma videos en los que ella misma tatúa penes de hombres desnudos en alguna plazoleta de Manhattan, y que instala, mediante un sistema de luces y espejos, millones de millones de puntos luminosos en una pasarela oscura que hechiza a las mujeres e incomoda a los varones. Fascinante, la angustia acecha al espectador.

Picasso, creador y destructor, es conocido también por el maltrato a sus mujeres. Munch recibió de Tulla Larsen, su gran amor, un disparo de arma de fuego que le costó un dedo de la mano; padeció alucinaciones y estuvo internado varios meses en Copenhague. Yayoi Kusama por su parte trabaja todavía, sola, en un hospital



psiquiátrico de Tokio. No todo fue sublimación en sus vidas, esas telas y realizaciones destilan aún el sudor de una tortura incurable.

Otro caso bien conocido de saber hacer con el síntoma es el de Woody Allen; su posición es irónica y nos incita a reflexionar sobre la distinción entre división y destitución subjetiva. En *Hollywood ending* la exmujer y actual mecenas de un director de cine neoyorkino pauperizado, le pregunta a este si finalmente quiere o no hacer la película que podría financiarle su actual marido, un exitoso productor de Hollywood, y él contesta, ya afectado por la ceguera histérica: “una parte mía quiere hacerla”. ¿Y la otra?, pregunta presurosa la ex. “Ahí está el problema, responde el director, es que mi otra parte también quiere hacerla”. Si las dos partes del sujeto se ponen de acuerdo, eso es para Allen un problema. He escuchado muchas veces que se lo considere un neurótico, lo cual es caer en su trampa: un neurótico no filma una película por año, ni buena ni mala, y menos *Manhattan* o *Midnight in Paris*. Hay allí un saber hacer con su síntoma que no responde a las coordenadas de una neurosis. Y de hecho, según él mismo, padece de *dos* neurosis: claustrofobia y agorafobia.

CONSECUENCIAS PARA LA FORMACIÓN DE LOS ANALISTAS

Recuerdo también algunas coordenadas del final de análisis de un pasante relatadas recientemente. “Un día, al conducir hacia el consultorio de mi analista y manejando como se dice en *automático*, me encontraba absorto en mis elaboraciones y, *sin darme cuenta*, me pasé del edificio en donde se halla su consultorio. Al regresar, me reía de mi *acto fallido*. La analista había quedado afuera y el *momento oportuno*, la *ocasión para actuar* estaba por presentarse. Al tomar el ascensor, ya no se desplegó la duda que varias veces me invadió en ese tiempo: ¿El consultorio está en el piso 1 o 2? Tantos años yendo al mismo sitio y que se presentara esa duda... Ese día dije: ‘está en el 1, no en el 2, ella está en el uno, yo también’. Todo empujaba al fin”¹⁷.

Entusiasma ese relato de eso que solo él conoce en su piel, pero que ahora permite una conexión entre ese conocimiento divisorio y el saber: el *saber hacer*. El dispositivo del pase le permitió, no sin la intervención del pasador, tomar nota de su acto, de su satisfacción en el fallido: he allí el inconsciente real en acto, en acto sintomático.

Se podrían diferenciar tres etapas en la historia de las instituciones dedicadas a la formación de los analistas. La primera comienza con la International Psychoanalytic Association, y se caracteriza por una total desconexión epistémica entre los resultados de los análisis y el acceso a la posición del analista. Lo que se evalúa en la IPA son los *efectos terapéuticos*. Si bien hubo intentos de estudiar lo que sigue —el periodo que ellos llaman “posanalítico”— eso no fue muy lejos: estudios estadísticos sobre

17. Mario Brito, “Pase lo que pase”, en *Wusch* 10 (2010): 17-18.

la estabilidad de los resultados terapéuticos, algunas generalidades sobre la función autoanalítica del yo en el analizado¹⁸.

Con el dispositivo del pase comienza otra etapa, a la que llamaría *didacticista*, por haber puesto el acento en las consecuencias didácticas del tratamiento. El término “consecuencias” es aquí apropiado, ya que se reforzó una concepción un poco mecánica del psicoanálisis, sugiriendo que un análisis terminado, llevado hasta el final, produciría un analista necesariamente. Los otros análisis, por el contrario, terminan prematuramente, no se han llevado las cosas hasta el final, y entonces los analizados se dedican a otra cosa —y tal vez sea mejor que se dediquen a otra cosa—. En este segundo paradigma, el psicoanálisis, esencialmente didáctico, es concebido como una máquina de transformar neuróticos en analistas, lo cual, en mi opinión, muestra que el acto psicoanalítico, aún procesado en el dispositivo del pase, puede ser masivamente desmentido: en este caso reduciendo el pase a la verificación de que el análisis llevó al pasante a alcanzar coordenadas ya previstas, que figuran en los manuales de la institución, donde la máxima realización posible es convertirse en analista.

Creo que a partir de una experiencia más seria, serial y también responsable del pase, con el apoyo de la lectura de la “Nota a los italianos” y el “Prefacio de 1976” de Lacan, estamos comenzando una tercera etapa, interrogándonos no solamente sobre los límites estructurales de los análisis y sus consecuencias mecánicas, sino también sobre las elecciones —*choix, choices, escolhas*— que el final promueve. Esas opciones pueden ser de índole muy diferente, incluso si todas ellas producen la satisfacción de la terminación de la obra deconstructiva de la verdad mentirosa. Porque ese *satis* —el término francés *assez* deriva del latino *ad satis*— se alcanza *en la decisión* de terminar un proceso que, por su estructura misma, tiende a dilatar la decisión para tomarla con mejor conocimiento de causa, como bien explicó Freud. Pero una vez realizada, como toda decisión auténtica, se basta a sí misma en su autosuficiencia de acto, que puede luego dar o no explicaciones y, por lo general, no las da.

Los efectos didácticos del análisis en muchos casos otorgan la aptitud de analista, según decía Freud; eso no quiere decir que esa sea una elección forzada, que el propio análisis fuerce el pasaje de la *aptitud* a la *actividad* de analista, al deseo del analista realizado en el encuentro con otro sujeto. La elección de analista no debe, no puede, ser una elección forzada, sino separada, en las resonancias de este término que últimamente ha hecho vibrar Colette Soler.

Llamaría a esta tercera fase de nuestra experiencia institucional la *etapa analítica* a secas, diferenciada ahora de la didáctica para evitar prejuzgar sobre los fines; es una analítica sin *psico-*, *psych-*, *psycho-*, según propone Lacan en 1976. Suficiente con ser *heureux*, que no es ser feliz sino “encontrador”, aprovechar la oportunidad de lo *dado*,



18. Véase Gabriel Lombardi, *Résultat des analyses et formation analytique dans l'IPA*. Publicación de las *Diagonales de la opción sobre el tema* (Paris: Forums du Champ Lacanien, 2001).

del acontecimiento que no suele presentarse en el tiempo previsto. El análisis hace prevalecer sobre la rigidez defensiva de lo psíquico las chances de lo *tíquico*, de lo que se encuentra en la juntura del goce y el deseo del Otro.

La distancia (*écart*) entre *conséquences* y *suites* marca una distinción conceptual decisiva¹⁹, que permite una interrogación de nuestra experiencia a la altura de la “Proposición” de Lacan, en la cual el dispositivo del pase es propuesto para echar luz sobre ese momento *electivo*, ese pase de analizante a analista que no puede ser meramente efecto del acto de otro. Pudo haber análisis pero analista ni por asomo, escribió en su “Nota a los italianos”; no hay consecuencia real, dijo también el 8 de marzo de 1977. Ser analista no es una consecuencia, es una elección: de deseo, de suerte pulsional, de vida, también de empleo, no hay por qué negar ese hecho.

BIBLIOGRAFÍA



19. Una primera versión de este trabajo fue presentada en la III Rencontre Internationale d'École: “L'analyse, ses fins, ses suites”.

- BENVENISTE, ÉMILE. “Actif et moyen dans le verbe”. En *Problèmes de linguistique générale I*. Paris: Gallimard, 1966.
- BRITO, MARIO. “Pase lo que pase”. En *Wusch* 10 (2010): 16-20.
- FREUD, SIGMUND. “Inhibición, síntoma y angustia”. En *Obras completas*, vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- LACAN, JACQUES. “Science et vérité”. En *Écrits*. Paris: Seuil, 1966.
- LACAN, JACQUES. *Écrits*. Paris: Seuil, 1966.
- LACAN, JACQUES. “Propos sur la causalité psychique” (1946). En *Écrits*. Paris: Seuil, 1966.
- LACAN, JACQUES. “Anuncio de la apertura de la sección clínica”. En *Ornicar?* 8 (1977): 102-103.
- LACAN, JACQUES. *Le séminaire de Jacques Lacan. Livre VII: L'éthique de la psychanalyse* (1959-60). Paris: Seuil, 1986.
- LACAN, JACQUES. “Acerca de la causalidad psíquica”. En *Escritos 1*. México: Siglo XXI, 1990.
- LACAN, JACQUES. “Note adressé personnellement à ceux qui sont susceptibles de désigner les passeurs”. En *Analyse freudienne presse*, 4 (1993): 42.
- LACAN, JACQUES. “El acto analítico”. En *Reseñas de enseñanza*. Buenos Aires: Manantial, 1998.
- LACAN, JACQUES. “Note italienne”. En *Autres Écrits*. Paris: Seuil, 2001.
- LACAN, JACQUES. “Préface à l'édition anglaise du Séminaire XI”. En *Autres Écrits*. Paris: Seuil, 2001.
- LACAN, JACQUES. *Autres écrits*. Paris: Seuil, 2001.
- LACAN, JACQUES. *Le Séminaire de Jacques Lacan. Livre X: L'angoisse* (1962-63). Paris: Seuil, 2004.
- LACAN, JACQUES. *El Seminario. Libro 10. La angustia* (1962-1963). Buenos Aires: Paidós, 2006.
- LACAN, JACQUES. *Seminario 24. L'insu qui sait de l'une-bévue s'aile à mourre*. Inédito.
- LOMBARDI, GABRIEL. *Résultat des analyses et formation analytique dans l'IPA. Publicación de las Diagonales de la opción sobre el tema*. Paris: Forums du Champ Lacanien, 2001.
- LOMBARDI, GABRIEL. “Le retrait de la vérité chez Gödel: Une étrange condition de succès de la science du réel”. En *L'en-je*, 7 (2006): 31-42.